Clamades y Clarmonda (Spanish romance)

Historia del esforzado Clamades

Madrid

[1894?]

Reel: 41 Title: 9

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00041.09

Control Number: ADT-0613
OCLC Number : 29659387
Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISES
Author : Clamades y Clarmonda (Spanish romance)
Title : Historia del esforzado Clamades y la hermosa Clarmonda, 6, Sea el caballo de Madera.
Imprint : Madrid : Hernando, [1894?]
Format : 31 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/23/94
Camera Operator: AR

(CUATRO PLIEGOS)



HISTORIA

DEL

ESFORZADO CLAMADES

Y LA HERMOSA CLARMONDA

Ó SEA

EL CABALLO DE MADERA

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.

HISTORIA DEL ESFORZADO CLAMADES Y LA HERMOSA CLARMONDA.

CAPITULO PRIMERO.

Se dá noticia del nacimiento de Clamades y de tres hermanas suyas, á las que pidieron en matrimonio tres caballeros, y de lo que sucedió á Clamades con un caballo de madera.

En la gran ciudad de Mansí, en Grecia, habia un noble y virtuoso caballero que poseia varios señoríos, títulos, villas, castillos y vasallos, el cual se llamaba Mercaditas; este estaba casado con una noble y hermosa matrona de igual linage, llamada Doctiva, de cuyo matrimonio tuvieron por hijo á Clamades y tres hijas, la primera llamada Lucinda, la segunda Máxima y la tercera Flora; esta aventajaba en hermosura á las otras, aunque todas eran agraciadas. Divulgóse la fama de estas tres doncellas por varias provincias del mundo, y entre muchos pretendientes las solicitaron con empeño tres bizarros y esforzados mancebos de igual calidad que ellas; el uno se llamaba Rutilo, otro Polidoro y otro Lisardo, los cuales, enamorados por retratos que habian visto de estas tres doncellas, pasaron de sus tierras á Mansí determinados á pretenderlas hasta lograr en matrimonio cada uno la suya; Rutilo á Lucinda, Polidoro á Máxima y Lisardo á Flora.

Un año estuvieron en Mansí rondando y paseando de noche y de la calle de las doncellas, sin poder lograr mas que verlas una sola vez, á causa de que Mercaditas las guardaba con mucho cuidado. Ya impacientes de tolerar tanto, determinaron los tres de comun acuerdo presentarse á su padre y pedirlas en matrimonio. En efecto así lo hicieron, y habiendo oido el padre sus pretensiones les respondió: caballeros, yo pienso en darlas estado á mis hijas, pero esto ha de ser con tres circunstancias: la primera, que los sujetos con quienes casen han de ser iguales en nacimiento y bienes de fortuna á ellas; la segunda, que han de ser á agusto de ellas, pues no es regular casarlas contra su voluntad; y la tercera, de mas consideracion es que han de ser hombres de gran ingenio, el cual han de probar y ver yo en una máquina ó invencion, que cada uno me ha de presentar, por lo cual quiero esperimentar los talentos de los que han de ser sus esposos. Bajo cuyas circunstancias, y no en otra forma, admito vuestra proposicion: en vista de lo cual, os doy un año de término para que cada uno forme la invencion que guste, y examinada que sea, determinaré, sin hacer agravio á ninguno.

Confusos se quedaron los tres mancebos al oir las proposiciones de Mercaditas; pero por no mostrar flaqueza en el ingenio, se despidieron, ofreciéndole cada uno inventar lo que pudiera para cumplir sus preceptos; y retirados á su posada, acordaron partirse á Ginebra, donde sabian paraba un famoso maquinista, el cual podria sacarlos de aquel empeño. Pusieron por obra su pensamiento, y habiéndole hecho saber al maquinista su pretension, este les ofreció sacarlos con todo lucimiento de su intento, como se lo pagaran bien.

Los mancebos le ofrecieron dar cuanto él pidiera, bajo cuya propuesta les dió palabra de servirles con toda fidelidad dentro de un breve término, durante el cual se estuvieron divirtiendo en Ginebra. Cumplido que fué el plazo, fueron los mancebos á ver al maquinista, el que cumpliendo su palabra, les tenia hechas las máquinas siguientes. A Rutilo, una paloma con dos pichones que desde la mano volaban al suelo, y arrullando hacian movimientos tan naturales como si estuvieran vivos. A Polidoro, la figura de un hombre, que tañendo un instrumento cantaba y danzaba con tanta perfeccion, como lo pudiera hacer el músico y danzante mas diestro. A Lisardo, un caballo de madera con dos clavijas en los costados, de tan raro artificio, que moviendo una, corria con tanta velocidad, que solo se le veia arrancar, pues á poco de empezar la carrera se perdia de vista; y tocando en la otra detenia la carrera y lo guiaba por donde queria el ginete.

Vistas las máquinas por los tres mancebos, le pagaron lo que les pidió, y cada uno con la suya se volvieron á Mansí; y habiéndoselas presentado á Mercaditas, se admiró de ver tan raras invenciones y les ofreció

[illegible] de su parte en cuanto pudiera. Mandó llamar á sus tres hijas, y á presencia de los tres mancebos, las hizo este razonamiento. Hijas cuando estos caballeros me pidieron licencia para contraer matrimonio con vosotras, les respondí que antes de dársela me habian de hacer constar tres cosas: la primera ser personas iguales á vosotras: la segunda, ser hombres de ingenio; y la tercera, que habian de ser de vuestro gusto. De la primera, que es la igualdad, estoy satisfecho; de la segunda, que es el ingenio, lo acreditan estas tres máquinas que me han presentado; y de la tercera, que corresponde á vuestro gusto, vosotras me respondereis dentro de tercero dia, y para que lo hagais con pleno conocimiento, os advierto que Rutilo pretende á Lucinda, Polidoro á Máxima y Lisardo á Flora; en vista de lo cual, pensadlo bien, y me manifestareis vuestro pareçer.

Los tres mancebos se retiraron á su posada y las doncellas á su retrete, examinando cada una de por sí, las circunstancias que concurrian en su pretendiente. Lucinda se conformó en casarse con Rutilo y Máxima con Polidoro; pero Flora de modo ninguno queria á Lisardo, porque decia mostraba en el semblante ser de fuerte condicion y de malas intenciones. Las dos hermanas la inclinaban á que lo admitiera; pero por mas que hicieron en los tres dias, no la pudieron convencer; de forma que llegado el tercer dia, las llamó su padre y habiéndolas preguntado su determinacion, respondieron Lucinda y Máxima, que ellas estaban conformes con la suerte que les habia tocado, y que no tenian reparo en darle gusto. Viendo Mercaditas, que Flora nada respondia, la preguntó qué habia determinado: á lo que respondió ella, diciendo: señor, el semblante de Lisardo está demostrando ser hombre de muy fuerte condicion y mal intencionado, y aunque puede que yo me engañe, no me parece conveniente esponerme con esta duda á tomar estado. No le sentó muy bien esta respuesta á Mercaditas, y así la dijo á Flora que se retirara á su aposento y pensara el caso con toda la reflexion y detenimiento que en semejantes ocasiones se requiere.

Retirada Flora, se fué al cuarto de su hermano Clamades, y con muchas lágrimas le contó lo que le habia sucedido, y que segun la respuesta de su padre, inferia le habia dado disgusto en no haber querido admitir á Lisardo. Clamades la consoló diciéndola que él hablaria á su padre y que cuando esto no bastara desengañaria á Lisardo para que desistiera de su pretension.

Con esta respuesta se fué Flora á su aposento; pero al dia siguiente, con el motivo de haber venido los tres mancebos á saber la resolucion de las tres doncellas, llamó Mercaditas á sus hijas, y á presencia de todos dijo así: señor Rutilo, Lucinda por darme gusto, admite vuestra fineza, y Máxima la vuestra, Polidoro; pero Flora, señor Lisardo, aun no ha de-

liberado: ahora veremos lo que dice. Flora, llena de rubor y cortedad, nada respondia. Clamades que estaba presente y sabia muy bien el interior de su hermana, dijo á su padre: señor, á mí me consta que Flora, no se conforma en casarse con Lisardo, porque no le agrada el semblante áspero que demuestra; y á esto añado yo, que en punto de ingenio, ya hemos visto lo que han hecho la paloma de Rutilo y la figura de Polidoro pero no hemos visto nada especial en el caballo de Lisardo, por cuyas circunstancias no me parece descompasada la repugnancia que manifies- Flora.

Lisardo, enojado por ver las razones de Clamades, con intencion dañada y buenas palabras, dijo: señor Clamades, si quereis esperimentar las habilidades de mi caballo, montad en él y vereis como son mas de las que pensais. Clamades, ignorando lo que le podia resultar, con mucha ligereza montó en él; y Lisardo, que deseaba esta ocasion, torcióle una de las dos clavijas, y el caballo arrancó con tanta velocidad que en breve espacio lo perdieron de vista.

Admirados quedaron todos de ver con qué prontitud se habia desaparecido; y Mercaditas preguntó á Lisardo si tardaria mucho Clamades en dar la vuelta, á lo que respondió Lisardo que el caballo no pararia hasta que Clamades le moviera la clavija del costado contrario, y que á él se le habia olvidado decírselo; por cuyo motivo no sabia á donde iria á parar. Mucho sintió Mercaditas el descuido de Lisardo, en no haber dicho á Clamades cómo debia manejar el caballo, lo cual no atribuyó á olvido sino á venganza, por haberse Clamades opuesto al casamiento de Lisardo con Flora; y muy sañudo les dijo á los tres caballeros: por ahora pueden vds. retirarse, pues hasta que vuelva mi hijo Clamades, no se tratará una palabra de bodas. Dejemos á los mancebos en su posada y á Mercaditas y sus hijas en su casa muy disgustados, y vamos á ver lo que le sucedió á Clamades con su caballo.

Viendo Clamades que habia corrido todo aquel dia, que la noche le venia y que el caballo no templaba su carrera, hízose juicio que así como por haberle movido aquella clavija empezó á correr, era regular que moviéndole la del costado contrario se pararia: con este pensamiento empezó á moverle la otra, y en efecto, al punto fué el caballo templando su carrera y á poco rato paró.

CAPITULO II.

De como Clamades llegó á tierra de Toscana, y de la traza que tuvo para entrar en el jardin, del almirante Ursino, donde estaba la hermosa Clarmonda.

Parado el caballo se apeó Clamades y se sentó en una piedra por descansar un poco; y mirando á una y otra parte por ver si descubria quien le dijera en qué tierra se hallaba, reparó que á poca distancia habia un hermoso palacio con cuatro torres de especial arquitectura, al cual se llegó, tanto por preguntar en qué tierra se hallaba cuanto por ver aquel hermoso edificio; y para hacerlo sin cuidado dejó el caballo escondido entre unas espesas yedras, por lo que le pudiera suceder.

Al tiempo que Clamades empezó á caminar para el palacio vió venir hácia él un hombre en trage de labrador: Clamades le esperó, y habiéndole saludado le respondió en lengua toscana, en la misma le contestó Clamades porque la sabia muy bien, y le dijo: amigo, yo espero de tu favor me digas en qué tierra me hallo y qué palacio es este; pues con el motivo de haberme asaltado en el camino unos ladrones, y haberme robado y separado de los criados que traia en mi servicio, con los ojos vendados me han traido cuatro dias y cuatro noches sin entrar en posada ni en poblado alguno; por lo cual ni sé por donde he venido, ni en qué tierra estoy. El labrador, compadecido de la desgracia de Clamades, le dijo: señor, vos os hallais en tierra de Toscana: este palacio es una casa de campo del almirante Ursino, el cual tiene una hija la mas hermosa que se ha vistoen el mundo, la que pretenden muchos y poderosos señores; pero por tenerla el almirante tratada de casar con el conde de Feliciano; y no poder venir este á efectuar el matrimonio hasta que pasen cuatro meses, ha determinado el almirante su padre, para quitarla de los continuos galanteos que los demas pretendientes la hacen, ponerla en esta quinta hasta la venida del conde; el cual ni Clarmonda (así se llama la jóven) le ha visto, ni el almirante le conoce; pero todos nos aseguran es un caballero caritativo, liberal y poderosísimo, por lo cual esperamos su venida con impaciencia. Ved si tengo otra cosa en que serviros, pues con el motivo de ser yo el jardinero de esta quinta, y ser ya hora de que mi señora Clarmonda baja al jardin, no me puedo detener mas.

Atento estuvo Clamades á cuanto el jardinero le dijo, pensando valerse de la ocasion y fingirse él el conde Feliciano, pues, segun el jardinero le habia dicho, nadie habia visto dicho conde. Con mucho disimulo y fingimiento, le dijo al jardinero: ya he conocido por tus palabras que eres criado leal y hombre de verdad, por lo que creo podré fiar en tí un gran secreto. Has de saber, Merlin (que este era el nombre del jardinero), que yo soy el conde Feliciano, y el venir asi disfrazado no es la causa la que dije antes, pues ni á mí me han robado, ni soy el que pensabas; yo soy el que estoy tratado de casar con Clarmonda, y el motivo de venir en esta forma es por si puedo verla antes de casarme, sin ser de nadie descubierto; porque en cuanto á su hermosura, unos dicen que es mucha y otros que no es tanta, en cuya diversidad quiero yo desengañarme por mis ojos. Este es el secreto, que de tí fio, y la pretension que traigo. Si tú eres hombre que me puedas proporcionar este gusto y guardar el secreto yo te lo pagaré muy bien y te estaré siempre reconocido.

El jardinero que era hombre sencillo y de buena intencion, creyendo cuanto Clamades le decia, le respondió: señor, no me es á mí muy dificultoso entraros en el jardin, en el cual oculto entre sus ramas podreis ver á vuestro gusto á mi señora Clarmonda; pero para esto es forzoso os disfraceis en trage de labrador y al punto de amanecer, que es la hora en que algunos dias suelen entrar tres ó cuatro á cultivar las tierras del jardin, entreis vos con ellos, para todo lo cual yo daré la traza esta noche; y con esto se despidió el jardinero.

Muy contento quedó Clamades con la traza del jardinero, y por no ser visto de nadie se retiró á lo espeso del monte, donde pasó aquella noche lleno de mil imaginaciones. No bien empezó á rayar el alba cuando Clamades se fué al sitio donde le habia de buscar el jardinero, el cual llegó á muy poco rato con un vestido de labrador y poniéndoselo Clamades sobre el suyo, se fué con el jardinero, que incorporado con otros tres entraron en el jardin, sin ser detenidos de guardas ni porteros.

Luego que hubieron entrado, el jardinero con cuidado separó á Clamades de los otros labradores, y se lo llevó á su habitacion que estaba dentro del jardin, en la cual lo ocultó hasta el medio dia, á cuya hora le llevó de comer, y concluida la comida por ser hora en que los trabajadores estaban entregados al descanso, lo pudo ocultar en sitio proporcionado para que pudiera ver con toda satisfaccion á la hermosa Clarmonda, y el jardinero se retiró á cuidar de su obligacion.

Era la caida de la tarde de un hermoso y apacible dia de otoño; iba ya el sol recogiendo sus luces, cuando oyó Clamades una dulce y suave orquesta de instrumentos y voces, que con sonora y concertada armonía se iba acercando hácia donde estaba y aplicando la vista por entre las verdes murtas, vió cuatro hermosísimas damas, que con varios instrumentos

venian cantando tan dulcemente, que sus ecos le robaban las potencias, entre las cuales venia Clarmonda tan gallardamente vestida y tan hermosa que al verla Clamades se quedó tan fuera de sentido, tan enamorado de la peregrina beldad de Clarmonda, que á no estar á la vista el almirante su padre, hubiera salido de entre las murtas donde estaba escondido para hablarla y verla mas á su satisfaccion.

Siguieron Clarmonda y las damas por el jardin, y pasaron tan cerca de Clamades, que con los vestidos tocaron en las murtas que le ocultaban y á poca distancia se sentaron á la márgen de un arroyuelo donde las damas, para divertir á su señora, cantaron muchas y graciosas tonadillas; y viendo que la noche se venia se levantó Clarmonda con magestad, y siguiendo el paseo por el jardin se retiró á su aposento.

Tan enamorado quedó Clamades de la hermosura y gallardía de Clarmonda, que dedicándola todas sus potencias y sentidos, desde el punto que la vió hizo firme propósito de arriesgar su honra, vida y hacienda por lograr su blanca mano. En estos y otros pensamientos estaba el enamorado Clamades, cuando llegándose á él el jardinero, le dijo: señor, ya es hora de que vengais conmigo á mi estancia, donde oculto y con toda seguridad podreis, pasar la noche. Aceptó Clamades, y el jardinero le preguntó si habia visto á su señora, y qué le habia parecido; á lo cual respondió Clamades: mucho me han ponderado su hermosura, pero todos se han quedado cortos; pues es tanta, que las palabras no pueden esplicarla; y en albricias del mucho gusto que me has dado con haberla visto, toma por ahora este anillo. Muy contento quedó el jardinero con su anillo, y ofreció á Clamades hacer por él cuanto pudiera: y le dió noticia de las muchas habilidades y gracias de su señora, y que le facilitaria el modo con que podria hablarla por un balcon de su cuarto que caia al jardin, cuyas noticias agradeció Clamades, diciéndole se valdria de su ayuda cuando la necesitara, y siendo ya mas de média noche se recogieron á descansar.

CAPITULO III.

Clamades fingiendo ser el conde Feliciano, habló á Clarmonda muchas noches por un balcon que daba al jardin.

Ocho dias estuvo Clamades escondido en el jardin, en cuyo tiempo vió varias veces á Clarmonda, y cada dia le parecia mas hermosa; al cabo de los cuales no pudiendo ya su mucho amor estar por mas tiempo

oculto, dijo al jardinero: Merlin, ya llegó el caso de valerme de tu favor, del cual espero busques ocasion y traza para darla á entender á tu señora que aquí está el conde Feliciano, el tiempo que hace que estoy en el jardin, que la he visto varias veces y deseo con ánsia hablarla por el balcon la noche que guste, y que á todos nos importa el sigilo. Merlin ofreció á Clamades hacer lo que le mandaba; y al dia siguiente con el motivo de llevarla á Clarmonda un ramo de flores del jardin, la dió á entender lo que Clamades le habia dicho.

Muy confusa quedó Clarmonda con la noticia del jardinero, sin saber á que poder atribuir esta novedad, ni qué motivo podia tener el conde para venir de incógnito, ni por dónde habia entrado en el jardin sin ser visto de guardas ni porteros: y deseosa de saberlo, le dijo al jardinero que aquella misma noche luego que estuviera todo en silencio, saldria á un balcon del jardin; con cuya respuesta volvió el jardinero á Clamades, el cual luego que anocheció, mudándose el vestido de labrador por el trage de caballero, se fué al sitio señalado. Llegada la hora, salió la hermosa Clarmonda, y con mucho silencio le hizo seña á Clamades: él se llegó, y habiendo saludado con mucha cortesía á Clarmonda, esta le preguntó quién era y qué se le ofrecia. Clamades con muy rendidas palabras, la dijo que era el conde Feliciano, su servidor, y que el motivo de venir de incógnito y de haber estado escondido en el jardin, solo era por verla y hablarla algunos dias antes de efectuar su matrimonio; y que si por aquella accion la habia dado algun disgusto, estaba pronto á darse á conocer á su padre y demás parientes, ó hacer lo que fuera de su gusto. Clarmonda, imaginando que el conde movido de curiosidad apetecia verla, y para esperimentar su talento hablarla, le respondió lo siguiente:

Señor conde, tan lejos estoy de ofenderme, porque os querrais desengañar por vuestros propios ojos, que en lo que pensais darme sentimiento, he recibido mucho gusto; pues al mismo tiempo que vos os desengañais hago juicio de no quedar engañada. Clamades satisfizo á Clarmonda con tanta discrecion, que ella quedó tan enamorada de él como si le hubiera tratado mucho tiempo; en estos y otros coloquios pasaron lo que quedaba de la noche, y viendo que venia el alba, se despidieron hasta el dia siguiente. Tan complacida y enamorada quedó Clarmonda de haber oido á Clamades, que deseaba llegase la noche siguiente para volver á hablarle; con tanto desasosiego pasó aquel dia, que sin poder contenerse se asomó muchas veces á los balcones del jardin por si le podia ver. Llegada la noche acudió Clamades al puesto ya citado, donde halló á su querida Clarmonda, y con muchas y amorosas palabras la dió á entender lo que la amaba: Clarmonda le correspondia con agrado; y en esta forma, sin ser vistos de nadie, se hallaban todas las no-

ches y algunos ratos de dia; pues por ser el tiempo calmoso nadie parecia por el jardin.



Mas de un mes siguieron esta amorosa correspondencia, con la cual se unieron tanto las dos voluntades, que el tiempo que estaban sin verse ó hablarse se imaginaban que no vivian.

Tan ciegamente enamorada de su amante se hallaba la sensible Clarmonda, que ya no satisfecha solo con las pláticas amorosas que diariamente tenian desde el balcon, propuso á Clamades el tener los dos una entrevista al dia siguiente en cierto parage del jardin á la hora de la siesta, en que su padre y demas gente de la casa estarian entregados al descanso, y de este modo poder ella espresar mejor y á su placer los sentimientos de que se hallaba poseida, con toda la vehemencia de su ardorosa pasion hácia el objeto de su cariño.

En efecto, así se efectuó, y antes de llegar la hora de la cita, salió Clarmonda de su aposento con todo sigilo, saliendo por una puerta escusada; y acompañándola una de las doncellas de mas confianza se dirigieron al sitio designado.

¡Qué calor! jamás ha abrasado tanto el sol de Toscana! la cabeza se me arde!! Así esclamaba, la bella Clarmonda al subir las gradas de mármol que conducian al bosque de su jardin; y al mismo tiempo levantaba el velo que cubria su rostro, y se limpiaba con un delicadísimo pañuelo el copioso sudor de su espaciosa frente. ¿No veis, señora, la de-

da su doncella, como las flores se marchitan por estar poco guarecidas de sus rayos; como el agua refulgente de aquellos estanques de jaspe se seca con su calor; como los colores que matizan las filigranadas celosías del palacio palidecen á la luz?—Dime, Zara, no te parece que el amor es como el sol, que hace crecer la hermosura y luego la marchita; que da el brillo de los diamantes á las lágrimas, y luego las seca; que sonrosa á las megillas, y luego las descolora?.... Al decir esto se sintió como un desfallecimiento, y apoyándose en uno de los jarrones de porcelana que adornaban aquella entrada, Zara le acercaba una y otra vez un precioso pomo de oro con alcanfór, porque temia queá su señora le diese algun sofoco con el calor de aquella hora tan intempestiva y las fuertes sensaciones que esperimentaria su corazon.—Zara, amiga mia, tu amistad es mi único consuelo; tu voz es para mí como la brisa del mar para el que se abrasa de ardor; pero ¡ay! cuando la llama se ha levantado ya, esa brisa no puede hacer mas que aumentarla... La pobre Zara, si bien sentida del despego de su señora, atendia mas al ageno alivio que al propio resentimiento, y poco cuidadosa de las palabras de su ama, procuraba tan solo hallar motivo para no obedecerla. Mirad señora, que estais muy fatigada, muy caida; ¿no fuera mejor que nos sentáramos en uno de estos asientos de cesped, ó que siguierais apoyada en mí hasta que el sudor que corre por vuestras megillas se hubiese templado?—Ya sabes el carácter de mi padre, si supiera que estábamos en el jardin y nos sorprendiera á hora tan desusada.... Mas vale que tú te quedes; desde aqui se ve la puerta del palacio y á la menor novedad puedes avisarme. Estrechóla la mano con tal ternura, que la discreta doncella comprendió todo lo que pasaba en el corazon de su señora, y no pudo menos que acceder á sus súplicas.

Clarmonda en tanto, con paso veloz á par que mal seguro, atraviesa las calles de limoneros y naranjos, y sus ojos agitándose á uno y otro lado maquinalmente, descubriéndose en ellos una idea fija, invariable, asi como las aguas al moverse en los estanques impelidas por el soplo de la mañana dejan siempre ver al través de sus movibles olas el pavimento de mármol y el musgo que crece á su fondo. Al estremo de una larga calle de cipreces habia un óbalo plantado de robustos álamos revestidos de yedra, y en medio de él se elevaba un pabellon que tenia grabado sobre su entrada en caracteres de brillante oro este lema:

MORIR GOZANDO.

Era aquel sitio el mas elevado de todo el jardin, y la vista que de allí se disfrutaba lo hiciera delicioso aunque no fuera él en sí el conjunto de la riqueza y de la magnificencia de aquellos tiempos.

Este templete formado con columnas de pórfido, cuyos capiteles y bases de bronce cincelado representaban mil caprichosos juegos, estaba cubierto por un techo de concha embutido de nácar alrededor, y en medio de los arcos sendas vidrieras de colores dejaban entrar la luz del sol modificada por mil iris, ó descubrian su horizonte en dilatados jardines: en torno se estendian almohadones de terciopelo verde con franja de oro, intermediados por floreros de porcelana. Un tapiz de brocado cubria el pavimento, y en el centro un baño de alabastro recibia los caños de agua cristalina que le tributaban dos ánades de bronce.

Todo era placer alrededor de la bella vírgen; todo turbacion y zozobra en lo íntimo de su corazon. Como si no estuviera aquel aposento examinado con una sola mirada, Clarmonda recorre con las suyas las paredes de aquel pabellon; se revuelve con violencia; su tocado se descompone; el cabello flota en torno al ímpetu de su movimiento, y luego se deja caer sobre uno de aquellos cogines que la rodean.

A poco rato aparece Clamades por una de las puertas del pabellon, con ambos brazos cruzados, la cabeza inclinada, la barba sobre el pecho, y la vista fija, contemplando el descuidado cuerpo de Clarmonda, que yacia sobre aquellos taburetes. Lentamente se deslizaban sus plantas una tras otra hasta tocar los delicados pies de su amada, y un suspiro acongojado que lanzó el enamorado Clamades, penetró hasta el fondo de su pecho.—¿Sois vos? le dijo con voz desmayada: sois vos, querido conde?—*Os guardaba el sueño*; ¡quién puede dormir, señora, mientras otros velan! ¡feliz quien encuentra un lugar de refugio, cuando la naturaleza abrasa todo lo que vive sobre la tierra!—¿Dormir, conde, si yo pudiera dormir un solo momento!... Y luego afirmando mas la voz y en tono de ironía, añadió: Mas habrá descansado en estos dias mi jardinero, cuando ni un solo ramo me ha ofrecido.—Señora, repuso Clamades, vuestro jardinero ha regado con llanto estos dias las flores que aqui se cultivan para vuestro regalo. Y arrojándose precipitado á los pies de su amada, llevó enagenado su blanca mano á los lábios; y cuando intentaba desplegarlos para justificarse y escuchar una y otra protesta, de que era amado, la voz de Zara vino á interrumpirlos.—Es mi padre, adios! ¿Me dejarás de amar?—No: primero morir, te lo juro: MORIR GOZANDO, dijo leyendo el rótulo... Estas fueron las últimas palabras: Clarmonda dirigióse azorada hácia donde sonaba la voz de su doncella.

Con tan amorosos coloquios vivian muy alegres los dos tiernos amantes; pero como la fortuna es tan mudable, y á las dichas suelen seguir turbaciones y disgustos, sucedió que estando una noche Clarmonda divertida en sus amores con su querido Clamades, oyó que con grande prisa y alegria venian hácia ella sus doncellas, las cuales muy alborozadas la digeron de parte de su padre, que se apercibiera para la maña-

na siguiente, en la cual llegaba á la quinta el conde Feliciano, cuya noticia habia traido una posta que venia delante. Clarmonda sin que las doncellas notaran con quien hablaba las despidió diciéndolas que ya quedaba informada. Y volviendo al balcon le dijo á Clamades: si no conociera quién sois, y el fin honesto á que se dirijen vuestros amores, digera que estimábais muy poco mi honor y reputacion: por una parte me encargais no diga á nadie que estais escondido en mi jardin, y por otra sin haberme dicho nada despachais una posta á mi padre, diciendo que por la mañana llegais á la quinta: en que os presenteis á mi padre cuando fuera vuestra voluntad no tengo reparo; pero en que sepa habeis estado oculto en el jardin, sí lo tengo, porque peligra mi estimacion, y si vos me estimais no debeis consentirlo; y en fin, decidme: ¿con qué traza y á qué hora pensais salir del jardin sin ser visto de nadie? Tan admirado y fuera de sí quedó Clamades con la noticia que le dió Clarmonda de que venia el conde Feliciano el dia siguiente; que sin poder disimular el sobresalto y turbacion, no hallando palabras con que satisfacer á Clarmonda, estuvo un gran rato sin responderla. Clarmonda que notó la turbacion de Clamades, antes que la respondiera le dijo: señor, ¿qué silencio es ese? ¿por qué os habeis turbado? acabad de descifrarme ese enigma, sea lo que fuere.

Viendo Clamades que ya no convenia llevar mas adelante el engaño ni perder un instante de tiempo, pues solo en aquella noche consistia su dicha ó su desgracia, dando un suspiro de lo íntimo del corazon dijo á Clarmonda lo siguiente: señora yo no soy el conde Feliciano como pensais y hasta aquí os he dicho; mi nombre propio es Clamades, soy tan noble como vos, y no menos dotado de fortuna: la fama de vuestra hermosura fué la causa de que en trage de labrador me introdujera en este jardin, y para lograr los presentes favores me fingí ser el conde Feliciano, con cuyo fingimiento he conseguido que vuestro jardinero me haya tenido oculto. Yo os confieso que ha sido osada temeridad en mí querer ofender el sólio de vuestra mano; conozco que no es de caballeros pretender con fingidos pretestos lo que por sus méritos no pueden alcanzar; por todo lo cual os pido rendidamente me perdoneis, atendiendo á que el mucho amor que os tengo, y no otra cosa, ha sido la causa de todo lo que hasta aquí os he dicho. Queriendo pasar adelante no pudo, porque las muchas lágrimas le embargaron los sentidos.



CAPITULO IV.

Clamades sacó á Clarmonda del jardin á tiempo que llegaba el conde Feliciano. Del alboroto que ocurrió en la quinta. De los postas que salieron en seguimiento de Clamades, y como llegó con su querida Clarmonda á la ciudad de Mansí.

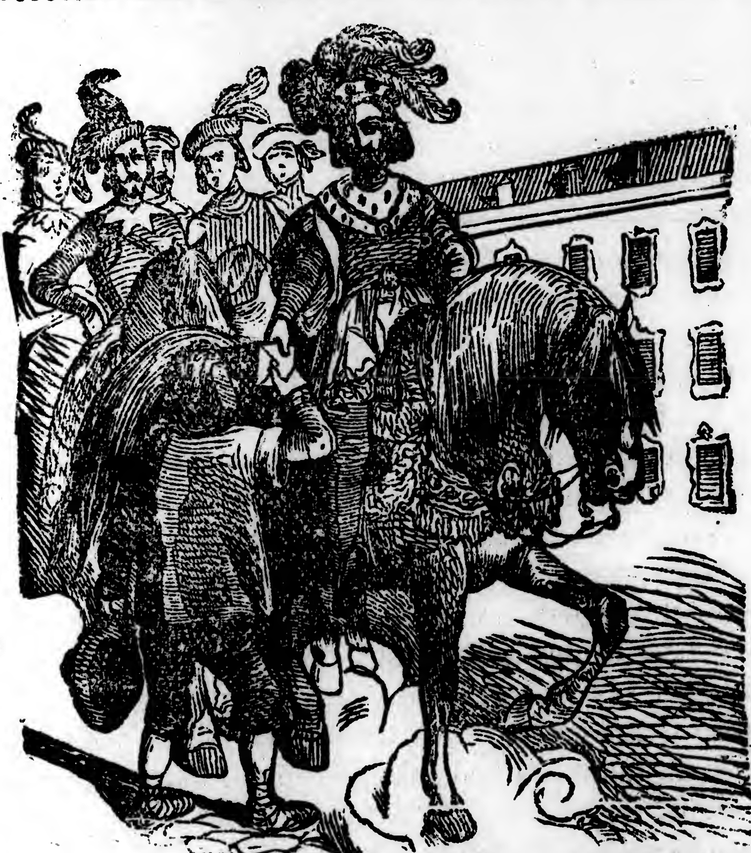
TAN confusa quedó Clarmonda, al oir lo que Clamades le decia, que dudaba si estaba despierta ó soñando; y aunque fué mucho el enojo que tomó contra Clamades por el engaño con que la habia tratado, no pudo ní aun darse por sentida, porque el amor que le tenia era tanto, que escedia en mucho al resentimiento. Despues de pasado un gran rato en que uno y otro estuvieron sin poder articular palabra, rompió Clarmonda el silencio, diciendo: no estraño, señor Clamades, que el mucho amor que me teneis (segun decís) os haya hecho estar tanto tiempo escondido en mi jardin, pasando tantas incomodidades; pero estraño que sabiendo estaba yo capitulada con el conde Feliciano, hayais estado callando hasta esta hora, en lo cual ya nada tiene remedio, pues aunque yo me determinara á faltar á los tratados que mi padre tiene hechos con el conde, este tardará muy pocas horas en llegar á la quinta, segun el aviso que el posta ha traido; y en llegando habré de desposarme con él gustosa ó disgustada.

Apenas escuchó Clamades las sentidas palabras de Clarmonda, por las que dió á entender el afecto que le tenia, cuando con mucho alborozo la dijo: señora mia, si os determinais á hacer lo que yo os diga, todo puede tener remedio, pues aunque es muy corto el tiempo que nos queda ya, yo lo dispondré de forma que antes de amanecer estemos fuera de la quinta, y en un caballo que para el caso tengo prevenido (al cual no pueden seguir en la carrera cuantos hay en el mundo) nos iremos á mi tierra donde celebraremos nuestras bodas con el esplendor que merece vuestra persona y de cumplir lo que llevo dicho os doy palabra y hago juramento á ley de caballero.

Fiada Clarmonda en las palabras y juramento de Clamades, y enamorada, que es lo mas, sin reparar en los inconvenientes que pudieran sobrevenir y el riesgo á que esponia su estimacion, que amor todo lo allana, dijo á Clamades que dispusiera lo que fuera de su agrado, pues estaba resuelta á ir con él donde quiera que la llevara.

No tardó Clamades en dar principio á la obra; pues subiéndose por las ramas de un naranjo que habia debajo del balcon donde estaba Clarmonda, quitándose un ceñidor de seda, y atándola por debajo de los brazos, la descolgó al jardin, y por el mismo sitio volvió á bajar Clamades. Retirado á lo interior del jardin, por si alguna doncella se aso-

maba, reparó Clamades en una escalera de mano que servia al jardinero para cultivar los árboles, y tomándola con mucho trabajo la arrimó á una de las paredes; registró la salida, y hallándola proporcionada subió á Clarmonda; y habiendo ya echado la escalera al lado de afuera para bajar, el jardinero, que por venir ya el dia se habia levantado, reparando que sobre la pared habia un bulto como de muger, empezó á dar tales y tan grandes voces, que alborotada la quinta todos se pusieron en alarma; acudieron al jardin, y estando en él el almirante Ursino informándose del jardinero, vinieron dos mayordomos con mucha prisa, diciendo que á la quinta habian llegado unos caballeros, entre los cuales creian savenia el conde Feliciano. Sorprendido el almirante con esta noticia, salió del jardin para recibir al conde; y al tiempo de pasar por los cuartos de su hija, salieron á él las doncellas muy sobresaltadas y llorosas, diciendo que su ama Clarmonda no estaba en su cuarto ni en toda la quinta. Con esta noticia y la del jardinero, se afirmó el almirante de que el bulto que se habia visto en la pared fué su hija Clarmonda, á la cual, engañada ó robada, habian sacado de la quinta; y con mucha furia y grandes voces decia: *traicion! traicion!* que me han robado á mi hija Clarmonda! Alborotóse toda la quinta con este nuevo suceso, y cada cual,



procuraba con ánsia descubrir al agresor. El conde Feliciano que estaba esperando que le abrieran la puerta, informado del suceso: mandó á

los suyos cercaran la quinta, sin dejar entrar ni salir á persona alguna: hízose como el conde lo dispuso, con cuyo motivo descubrieron la escalera; dieron cuenta al almirante, el cual convencido ya de que Clarmonda no estaba en la quinta, mandó ensillar sus caballos y que por todos los caminos salieran diversas postas por si la podian descubrir. El conde Feliciano mandó tambien á los suyos hicieran lo mismo; además se mandaron una multitud de pajes con pliegos reservados á las justicias de los pueblos de aquellas cercanías, y en breve tiempo salieron mas de treinta en busca de los dos fujitivos, de forma que quedaron solos en la quinta el conde Feliciano y el almirante; este avergonzado y rabiando de corage por la ausencia de su hija, y el conde apesadumbrado por verse burlado. Hablando estaban los dos sobre el asunto, cuando llegaron dos de los jornaleros que solian venir á trabajar al jardin, los cuales informados del suceso, dijeron al almirante: señor, á cosa de una legua de la quinta veníamos á tiempo que rayaba el dia, cuando de improviso vimos venir dos bultos en un caballo, al parecer de madera, con una carrera tan veloz, que apenas nos dió lugar para conocer que eran hombre y muger los que llevaba encima; cuya vision nos ha causado tanto espanto, que acobardados apenas podíamos caminar; esto es lo que hemos visto y lo que podemos decir. Aturdidos quedaron el almirante y el conde con la relacion de los trabajadores, y sin saber á qué poder atribuir aquel suceso, llenos de confusion se retiraron á lo interior de la quinta, donde los dejaremos para seguir á Clamades y Clarmonda.

Luego que Clarmonda acabó de bajar la escalera, tomándola Clamades por la mano se fueron al sitio donde habia dejado su caballo, en el cual montó con mucha ligereza, y colocando á Clarmonda á las ancas, torció la clavija y arrancó el caballo con la velocidad ya dicha. Caminaron hasta media tarde, á cuya hora fué forzoso parar junto á una aldea que se divisaba, tanto para tomar alguna provision de que comer, cuanto para dar algun descanso á Clarmonda, que con la velocidad de la carrera, venia ya tan molestada, que esclamó diciendo:—No puedo mas, Clamades mio, ya lo ves; hace mas de doce horas que andamos sin descanso, y con tal rapidez, que me siento sumamente mareada, y luegocon este sol.... ¿No será mejor que descansemos un poco en este caserío inmediato? ya les llevaremos sin duda mucha ventaja á los que nos puedan seguir, y ademas no saben el camino que hemos tomado.... ¡ay! cómo sudas, estarás muy sofocado: tu cabello está todo mojado, tus megillas de color de grana; ¡qué hermoso eres, querido mio!—¡Si vieras mi corazon, bella Clarmonda, si lo vieras cómo arde.—Dime, ¿falta mucho para tu tierra? allí seré esposa tuya ¿no es verdad? y seré tu amiga, y tu hermana, y viviremos juntos y felices para siempre; porque ¿no

me has dicho que el mejor bienestar que puede disfrutarse en el mundo, es el de los esposos tiernos y virtuosos?—Sí, querida mia, este es el colmo de los goces y placeres.—¿Y qué mayor bien que tenerte á mi lado? en este momento no trocaria yo mi dicha por cuantos placeres contiene el universo.

En tanto que estaban entretenidos en esta amorosa conversacion, Clamades iba dando vuelta á la clavija del caballo, á fin de ir conteniendo la velocidad de la carrera; y al llegar á la primera casa de la referida aldea hicieron alto, y apeándose, entraron en ella para tomar algun refrigerio.

Despues que comieron y descansaron un rato, siguieron su camino sin impedimento alguno. Dos dias caminaron en esta forma, al cabo de los cuales llegaron á territorio de Grecia, y en una huerta que estaba cerca de la ciudad de Mansí, se apearon á descansar y esperar á que llegara la noche para entrar en la ciudad. Pareciéndole á Clamades que seria mas acertado avisar á sus padres para que salieran á recibir á Clarmonda, habiendo comunicado este pensamiento con ella, la dijo se quedase con la dueña de la huerta, entre tanto que él iba á dar la noticia, cuya vuelta seria muy en breve.

CAPITULO V.

Sabiendo Lisardo la llegada de Clamades y su querida, con engañosa traza se llevó robada á Clarmonda con el caballo de madera á la ciudad de Brena, donde murió preso Lisardo, y Clarmonda quedó depositada en la quinta del gobernador.

PARTIÓ Clamades para la ciudad, y al tiempo de salir de la huerta dió la casualidad que Lisardo viniera por aquel sitio paseándose, el cual viendo que Clamades salia de la huerta, se apartó á un lado para que no le viese; luego que pasó Clamades se fué Lisardo hácia allí, y reparó que debajo de un árbol estaba el caballo de madera, y con mucha cautela preguntó separadamente á la dueña de la huerta, quién habia traido aquel caballo; á lo que le respondió, que hacia poco mas de una hora que llegó en él un caballero y aquella dama que por la huerta andaba paseando; que el caballero se la habia dejado encomendada, mientras llevaba la noticia á su casa para que la salieran á recibir; pero que ni á uno ni á otro conocia. Con esta noticia, el malicioso Lisardo se llegó

á Clarmonda, y habiéndola saludado y visto su hermosura, por vengarse de Clamades se determinó á robarla: y con fingidas palabras la dijo: señora, mi señor Clamades me envia á que os diga que vengais conmigo, que no puede volver por vos á causa de haberse desconcertado un pié; y para que veais que soy su fiel criado, venid conmigo á donde está el caballo de madera, y vereis como lo sé manejar, pues solo mi señor y yo sabemos el secreto. Clarmonda por asegurar lo que la decia, le preguntó por los padres y hermanas de Clamades, y respondió con acierto, como que conocia muy bien á todos. Con estas señas se determinó á ir con él; y estando ya montados los dos en el caballo, reparó Clarmonda que entraba por la puerta de la huerta su querido Clamades y le dijo á Lisardo: ¿no me dijiste que Clamades no podia venir á causa de haberse lastimado un pié? Pues vedlo, allí, viene. Lisardo, que sabia muy bien manejar el caballo, torcióle la clavija y arrancó la carrera con toda la precipitacion acostumbrada: de forma que estando Clamades ya á cuarenta pasos de distancia, apenas pudo conocer que era Lisardo el que se llevaba á Clarmonda, y á grandes voces esclamó diciendo: *traicion! traicion!* pero en breve rato se desapareció el caballo, quedando Clamades tan angustiado y sorprendido de la pena, que cayó amortecido en tierra, donde estuvo sin dar muestras de vida en mas de dos horas, á cuyo tiempo llegaron sus padres, hermanas y muchas damas á recibir á Clarmonda y á Clamades; y viéndolo en el suelo sin sentido, preguntaron sus padres á la dueña de la huerta, que quién habia muerto á su hijo; y habiéndoles informado de todo mandaron llevar á Clamades á su casa, donde varios médicos, con muy especiales medicinas, consiguieron volverle en sí, pero era tan grande la pena que tenia, que á cada instante le repetia el insulto, sin poder conseguir por mas que hicieron, que hablara una sola palabra en mas de tres dias, al cabo de los cuales prorumpió diciendo ¡Ay Clarmonda mia! ¡ya no te volveré á ver! pues te llevó robada y engañada el traidor Lisardo.

Todo el furor de los infiernos se introdujo en el pecho del desdichado Clamades; hizo todas las locuras de un frenético, no estaba en sí, y solo la venganza le alimentaba proponiéndose medios sanguinarios, horrorosos, torpes; y en fin, todo aquello que le sugeria su acalorada imaginacion. Iba á ponerlos en ejecucion: mandó ensillar un buen caballo para correr á donde le llamaban sus celos, cuando entró su padre á verle en su aposento, el cual por el rostro, descompostura, precipitacion y atolondramiento, sospechó mal, y quiso saberlo. Clamades rehusó decirle su designio, y él mas se obstinó en averiguarlo; tanto, que se le opuso al paso sin dejarle salir ó por lo menos acompañarle á donde quiera que fuese, á todo lo cual se oponia Clamades. Viendo Mercaditas la tenacidad y desesperacion de su hijo, le preguntó con toda la sangre fria que

pudo aparentar; qué era lo que pensaba hacer. A lo que contestó Clamades: Que vengarse deseaba solamente.—¿Y para quién guardas esa venganza? repuso el padre. ¿Será acaso para el mísero y despreciable Lisardo? Avergüénzate de haber tenido tal pensamiento y horrorízate del remordimiento que te seria inseparable al propio tiempo que el deshonor mancharia tu noble sangre y fama si lo efectuases.

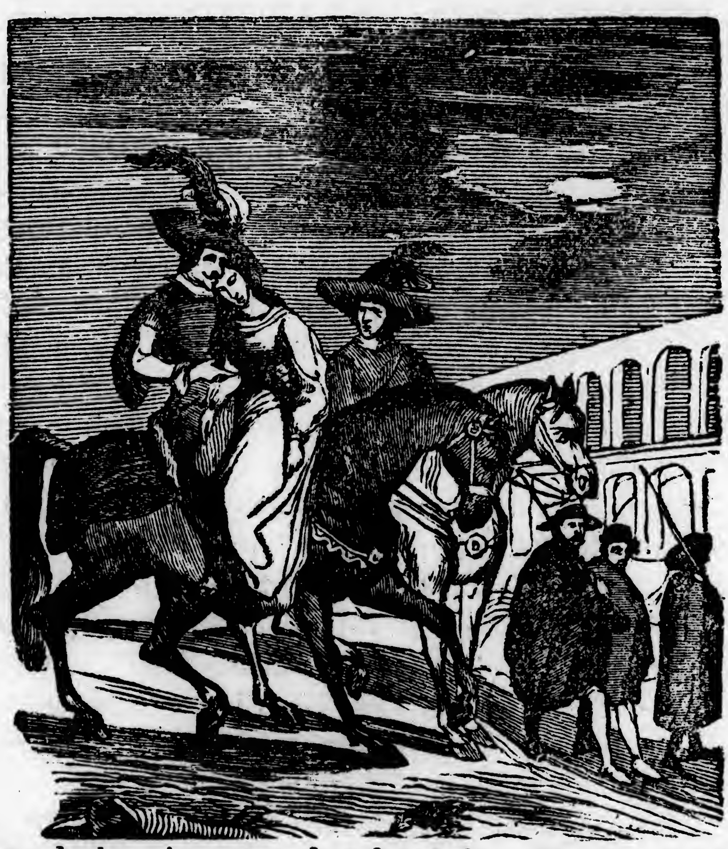
Las palabras del padre calmaron en parte el furor de Clamades; pero no lograron borrar el sentimiento y amor por su bella Clarmonda. Sosegado un tanto de su impetuosidad, se arrojó en la cama anegado en llanto y maldiciendo su mala ventura; pero su cuerdo padre se llegó á él con dulzura, y cogiéndole cariñosamente de la mano, le dijo: Eso sí, desahóguese tu corazon en suspiros y en lágrimas: llora, quéjate, si, es muy justo, fuiste engañado y vendido traidoramente: tu corazon no era digno de tal felonia, pero la suerte lo ha querido así, preciso es conformarse. Infructuoso seria oponerme á tu justo resentimiento como me opuse á tu descabellada venganza: esta debe de ser portándote como quien eres, pues de lo contrario, ella misma daria por bien hecha la vileza cometida por ese mónstruo.

Los consejos del padre distrajeron la imaginacion de Clamades y aumentaron sus lágrimas; mas la imágen de Clarmonda, que no podia separar un instante de su mente, le produjo una melancolía, de la que no tenia poder su buen padre para sacarle: en vano le hacia salir á pasear por el campo, y le acompañaba á las fiestas y diversiones, pues de todo se cansaba al momento y se retiraba á su casa, donde en la soledad de su cuarto pasaba los dias, ó ya echado en su lecho, ó sentado en una silla sin hablar, ni desear otra cosa que la soledad y el silencio. Este esceso de abatimiento le conducia al sepulcro; y asi todos procuraban divertirlo, pero nada conseguian, porque su pena no tenia consuelo.

Dejemos á Clamades envuelto en sus angustias, y pasemos á ver los acontecimientos de Lisardo y Clarmonda, la cual luego que oyó las voces de Clamades, y vió que el caballo enderezaba la carrera por la parte opuesta de la ciudad, conoció la traicion, y se persuadió que iba engañada; y con muchas lágrimas y estremados afectos suplicaba á Lisardo que la volviera con Clamades; mas él sin atender á lágrimas ni á súplicas, no dejó de seguir la carrera en lo que quedaba de tarde y toda aquella noche, de forma, que ya rendidos, al amanecer pararon en un hermoso valle cerca de una grande ciudad llamada Brena, y apeándose del caballo se sentaron cerca de una fuente, y despues de haber bebido, Lisardo con amorosas palabras y muchos ofrecimientos, pretendia desenojar á Clarmonda, ofreciendo llevarla á su tierra, donde se casaria con ella y seria servida y respetada de todos. La hermosa Clarmonda sin dejar de llorar, le respondió que ella no se podia casar con él porque ya

lo estaba con Clamades; que no era accion de caballeros robar á una muger; y que estuviera en la inteligencia de que aunque la hiciera pedazos, no apartaria su amor de su querido Clamades.

En estas y otras contiendas estaban, cuando llegaron á beber á la fuente unos monteadores que con el gobernador de la ciudad venian monteando, y viendo aquella hermosa doncella tan afligida y llorosa, movido de curiosidad se llegó el gobernador á Lisardo, y le preguntó quién era él y la dama, y á dónde se dirigia su camino. A lo cual respondió Lisardo, que él era ingeniero y aquella dama su muger: que el camino que llevaba era buscar una ciudad donde poder ejercer su facultad. Mientras Lisardo estaba haciendo esta relacion, Clarmonda lloraba y suspiraba con mas ánsia; de forma que dió á entender al gobernador, ser la relacion de Lisardo fingida, y que la dama estaba violentada con él. Con esta sospecha mandó separar á Clarmonda de Lisardo, y preguntándola si era verdad lo que él habia dicho, respondió que todo era incierto, porque la traia robada violentamente.



Oida esta declaracion por el gobernador, dispuso que la dama cabalgase en su caballo apoyada con él, que el caballo de madera fuese conducido á su palacio, y á Lisardo que lo llevaran preso para meterle en

la cárcel; en la cual fué tanta la pena y congoja que le acometió, que al tercer dia murió desesperado.

CAPITULO VI.

Solicitada Clarmonda por el gobernador, se fingió loca por no casarse con él, escribiendo á Clamades el estado en que se hallaba, el cual se puso en camino para la ciudad de Brena.

CLARMONDA fué muy bien recibida de una hermana del gobernador, la cual viendo su mucha hermosura, gentil talle y despejado entendimiento, la queria tanto que no se hallaba un punto sin ella. No le sucedió menos al gobernador, pues en breve tiempo se prendó tanto de Clarmonda, que determinó elegirla para esposa; y habiéndose declarado con ella, le respondió Clarmonda que mirara bien lo que hacia, pues ella era de muy humilde nacimiento, y que no convenia ni igualaba con él. El gobernador, arrestado y ciego del amor que la habia tomado, la dijo no pensara en disuadirlo con ningun pretesto, pues habia de ser suya dentro de muy pocos dias, fuera de noble ó humilde nacimiento.

Viéndose Clarmonda en tanto aprieto, y con poca ó ninguna resistencia para oponerse á las repetidas instancias del gobernador, y resuelta á no faltar á la fina fé que debia á su querido Clamades, determinó fingirse loca, lo cual puso por obra al dia siguiente, con tanto disimulo y tan vivos ademanes, que todos creyeron ser cierta la locura, cuya enfermedad sintió mucho el gobernador, y por el grande amor que la tenia, mandó la depositasen en una decente sala, en la cual estaba asistida de cuatro doncellas y un criado, que con mucho cuidado la suministraban todo lo que podia conducir á su alivio. Viéndose Clarmonda tan separada de su querido Clamades, y que sin darle aviso era imposible supiera dónde estaba, un dia que se hallaba sola con una de las doncellas de quien tenia mucha confianza y satisfaccion, despues de haberla regalado varias joyas de mucho valor, con lágrimas y suspiros la contó toda su historia, la causa de verse en aquel estado, los amores de Clamades, y el motivo que tenia para fingirse loca; con encarecidas palabras la suplicó buscase quién con el sigilo que el caso pedia, llevara una carta á su querido Clamades.

La doncella, compadecida de la desgracia de su señora, la ofreció

toda su ayuda, guardando el mayor sigilo: y en seguida la proporcionó tinta y papel, con lo que escribió á Clamades cuanto le habia sucedido con Lisardo, por qué motivo la habia llevado el gobernador á su casa, y la causa porque se habia fingido loca, encargándole que luego se pusiera en camino sin darse á conocer, y que el portador le conduciria al sitio donde se hallaba. Cerró la carta y se la dió á su amiga: esta la puso en poder de un conductor de toda su confianza, el cual despues de bien pagado, con la esperanza de mayor premio, emprendió su marcha con mucha dilijencia. Dejemos á Clarmonda en su encierro, ya mas consolada, y pasemos á ver lo que le sucedió á Clamades.

Melancólico, triste y enfermo seguia Clamades por la pérdida de su querida Clarmonda: y aunque por parte de sus padres se habian hecho cuantas diligencias caben en lo humano, á fin de saber de Clarmonda, no se habia descubierto persona alguna que la hubiese visto; con cuyo motivo cada dia crecia mas el disgusto y la enfermedad de Clamades, de tal manera, que ni los amigos ni las diversiones, bastaban á darle el mas corto alivio á sus penas: muchas veces pensó salir á buscarla, pero las pocas fuerzas que tenia no le permitian hacer esta vaga peregrinacion; y estando un dia muy pensativo, repasando en su imaginacion los amorosos lances que le habian pasado con su querida Clarmonda, las muchas finezas que le debia y la traicion con que la habia robado Lisardo, fué tan grande la pena y angustia que estas memorias le presentaron, que acometido de un fuerte desmayo, cayó en tierra inmóvil: acudieron los médicos con varias y especiales medicinas, con las cuales consiguieron algun alivio; y habiendo vuelto á su cabal sentido, le dijo su mayordomo: señor, acaba de llegar un propio con una carta cerrada para vd.: le he dicho me la entregara, porque no habia proporcion de que pudiera él hacerlo; pero me ha contestado, que no lo haria mas que en propia mano del que trae el sobre escrito; por cuyo motivo, y el hallaros algo indispuesto, le he detenido unos momentos, hasta ahora que viendo estais mas aliviado, os doy la noticia, para que determineis lo que os agrade.

No bien hubo acabado el mayordomo su razonamiento, cuando le respondió Clamades; dile á ese hombre que pase adelante sin detenerse un punto. Partió el mayordomo por el propio, el cual entregó la carta á Clamades; y viendo este la letra del sobre que era de su querida Clarmonda, fué tan grande la alegría que recibió, que sobresaltado y temblando apenas acertaba á leerla. Leyóla, y enterado de todo cuanto le decia, á grandes voces como si estuviera frenético, pidió sus vestidos. Alborotóse la casa con tan repentina novedad: acudió su padre, y queriéndole persuadir á que no se vistiera, Clamades le manifestó la carta, en vista de la cual le dijo que desde luego se conformaba á que hiciera

aquella jornada; pero que esta seria luego de tomar fuerzas y estar mas restablecido. Sosegóse Clamades con las razones de su padre y al dia siguiente se levantó tan aliviado de su enfermedad como si hubiera tenido un mes de convalecencia. Tres dias estuvo el propio en casa de Clamades, muy bien asistido, al cabo de los cuales, sin poder detenerle se puso en camino con solo el enviado.

CAPITULO VII.

Aventura que le sucedió á Clamades en el camino al pasar por el castillo llamado de Monte-Estrecho, donde se batió con dos caballeros á los que venció en la lucha.



Caminaron quince dias nuestros viageros sin que les sucediera cosa particular; pero al siguiente, como al anochecer, se hallaron en lo intrincado de unas sierras tan fragosas y escarpadas, que apenas las penetraba el sol. Viendo Clamades que la noche se acercaba y que á poca distancia se descubria un suntuoso castillo al cual llamaban Monte-Estrecho, enderezaron los caballos hácia él; y habiendo llegado, los porteros abrieron las puertas, tomaron los caballos, y á Clamades le entraron en una hermosa sala, en la cual halló cuatro hermosas damas, ricamente vestidas, las que le recibieron con mucha cortesia y despues de haberse saludado, le preguntaron quién era y con qué motivo caminaba por aquellas sierras. Clamades con mucho respecto las respondió, que él era un noble caballero, y que su viage se reducia á buscar alguna aventura á lo que le contestaron: pues sino buscais otra cosa que aventuras, ya os habeis encontrado una en este castillo, en el cual todos los caballeros que quieran entrar en él se han de batir precisamente con otros dos á un tiempo, los cuales son dueños de esta posesion; y el que no tuviese valor para aceptar el combate tiene que dejar aquí todas sus armas y el caballo: tres dias teneis de término para que os decidais á lo que mejor os parezca de las dos cosas: porque los ca-

balleros con quien debeis de pelear son muy esforzados y han vencido á cuantos por aquí han pasado; que nosotras por haceros bien y porque no camineis sin guia, os daremos un palafren con todo el conocimiento necesario para que no os estravieis en el camino.

Atento estuvo Clamades oyendo á las damas, y conociendo su buena intencion, con mucha gracia y cortesía las dijo: señoras, yo agradezco la oferta que me haceis, y tomaria vuestro consejo á no ser contra la opinion y buena fama de la Orden de caballería: por cuyo motivo estoy determinado á batirme con esos dos caballeros; y si mi mala suerte dispusiera que yo fuera el vencido, toleraré mi desgracia con mas gusto que no dejar mis armas por cobarde. Pero no obstante, espero de vuestra atencion me digais cuál es el motivo que mueve á estos caballeros á batirse con todos los que aquí se hospedan?

Habeis de saber, respondieron las damas que hace treinta años pasó por esta tierra un caballero estranjero, que habiéndose desviado de la direccion que llevaba, pidió por merced le hospedasen en este castillo, y el caballero dueño de él movido de caridad, le dió acogida en él sin mas interés que el hacerle bien; pero el mal caballero huésped, luego que llegó la media noche, seguro de que todos dormian descuidados, se levantó silenciosamente, armado con un puñal, y quitó la vida al dueño del castillo, á su muger, dos hijas y seis criados; despues se fugó sin ser de nadie visto ni conocido. Los caballeros que se han de batir con vos, son hijos de los dueños que asesinó aquel traidor, y en aquel entonces estaban ausentes, pero noticiosos de semejante tragedia, vinieron á habitar en este castillo, y han jurado que no ha de hospedarse por aquí caballero alguno con quien no se batan, por ver si por este medio pueden acaso descubrir al alevoso que mató á sus padres y vengarse de tan crueles asesinatos.

Muchas gracias les dió Clamades por la noticia, y aunque sin replicar palabra, no dejó de estrañar el modo tan particular que tenian aquellos caballeros de vindicar á sus padres de los atroces asesinatos cometidos por un infame desconocido, haciendo recaer la responsabilidad á cuantos acertaren á pisar el umbral de su gótico castillo; pero resuelto á cumplir su palabra, y no rehusar el desafio por ningun pretesto, suplicó cortesmente á las damas hicieran el favor de avisar á los caballeros su venida, y se apercibieran al combate, el cual habia de ser á la mañana siguiente, á causa que él no podia detenerse mas tiempo. Las damas le dijeron que el motivo de no estar allí presentes, era porque se hallaban en una quinta á evacuar ciertos negocios, pero al amanecer estarian sin falta, pues ya les habian mandado aviso por medio de un paje, para que se pusiesen en camino inmediatamente.

En estos y otros razonamientos pasaron el primer tercio de la noche, y llegada la hora de cenar, pusieron la mesa, en la que cenó Clamades en compañía de las damas, con mucho gusto; despues se retiraron ellas á sus aposentos y Clamades al suyo, en el cual halló una magnífica cama, donde descansó de la fatiga del camino, bien que con alguna impaciencia, preocupado con la idea del combate que debia tener lugar dentro de pocas horas.

Los caballeros dueños del castillo, sospechando si seria necesaria su presencia en él, se habian puesto en marcha aquella misma noche,



cuando por el camino les salió al encuentro el paje mandado por las damas, quien les informó de la comision que llevaba, con lo cual, apretando mas el paso, llegaron á su castillo con el tiempo suficiente para prepararse á la lid.

Apenas rayó el alba, cuando avisó á Clamades un paje que ya le esperaban en el campo los caballeros. Armóse, y tomando su caballo salió al sitio aplazado para el combate, que era una espaciosa llanura delante del castillo. Las damas y demas familia se asomaron á los balcones, y á todos agradó mucho el brio y manejo que en las armas manifestaba Clamades; pero desconfiaban saliese victorioso de la lid.

Ya apercibidos y hecha la señal de una y otra parte, le acometió á

Clamades uno de los caballeros llamado Ruperto, con tanta fuerza, que quebrando la lanza contra el escudo de Clamades, saltó en el aire en menudas piezas: Clamades le hirió malamente en un muslo, y fué tan grande el choque, que juntándose los caballos llegaron los dos ginetes á las manos, y asiéndolo Clamades por medio del cuerpo, dió con él en tierra tan fuertemente, que aturdido del porrazo y maltratado de la grande herida que tenia en el muslo, aunque hizo muchos esfuerzos para levantarse no pudo. Viéndolo Clamades en tierra y tan mal herido, pensó apearse de su caballo para cortarle la cabeza; pero al tiempo de quererlo ejecutar, Casino, su hermano, le acometió con tanta ferocidad, que encontrando á Clamades desprevenido, dió con él en tierra herido en el brazo izquierdo: viéndose Clamades á pié, metió mano á la espada, y esperó á Casino, que muy arrogante pensó de un bote de lanza acabar con Clamades; mas él muy animoso, recibió con su escudo el golpe hurtándole el cuerpo, y al mismo tiempo le metió la espada al caballo cayendo en tierra muerto: viéndose Casino á pié se vino para Clamades, y cuerpo á cuerpo, cada uno con su espada y escudo, trabaron la mas sangrienta lid que se puede imaginar, dándose muchos y muy terribles golpes. Era Casino muy diestro en las armas, y alcanzaba muchas fuerzas, por cuyo motivo traia cuidadoso á Clamades: el cual, viendo la mucha valentía de su contrario, apretó la espada en la mano, y con toda la fuerza que pudo, le alcanzó un golpe sobre el morrion, que cortándole la mayor parte le hirió la cabeza, aunque no de mucha consideracion: pero fué tan recio el golpe, que sin poderse valer cayó Casino en tierra sin sentido. Acudió Clamades á quitarle el morrion para cortarle la cabeza, y las damas á grandes voces le pidieron por merced no le quitase la vida. Clamades, atendiendo á los favores que de ellas habia recibido, las dijo que desde luego les otorgaba las vidas, asi á Casino como á Ruperto (que yacian tendidos en el suelo mas muertos que vivos), pero habia de ser con la precisa condicion de que en adelante no habian de obligar á ningun caballero que pasase por allí, entrara ó no en el castillo, á batirse con ellos; pues ademas de ser contra la ley de caballería pelear á un tiempo dos contra uno, no era justo ni legal que nadie cargase con la culpa de un delito que otro cometió; y con esta condicion, y no de otra forma, les perdonaria las vidas, cuya obligacion habian de jurar á ley de caballeros, antes que él envainara la espada. Casino y Ruperto, incorporándose ofrecieron y juraron formalmente hacerlo así, bajo cuya palabra permitió Clamades que los suyos los llevaran al castillo, en el cual fueron curados los tres con mucha proligidad; despues comieron juntos y se trataron con tanta amistad y cortesía como si no hubiesen jamás reñido.

Un dia, que al acabar de comer, trabaron larga conversacion, dió á entender Casino á Clamades el disgusto que esperimentaba por la herida que su hermano Ruperto tenia en el muslo, pues por causa de ella no podian acudir á una cita que tenian dada, y del cumplimiento de la cual dependian las vidas de tres infortunadas doncellas. Clamades compadecido ofreció á Casino su ayuda con cuyo motivo dijo este: Habeis de saber, que un caballero llamado Clamades (á quien no conozco), robó á la hermosa Clarmonda, hija del almirante Ursino, de cuyo rapto suponen cómplices á tres doncellas que la servian, y las han sentenciado á morir, siempre que no haya caballero que salga á la demanda y las defienda; y habiéndose valido de nosotros, implorando nuestra proteccion las ofrecimos defender, lo cual yo podré cumplir, pero á mi hermano no le será posible á causa de lo que acaba de sucederle.

Considerando Clamades que del delito que imputaban á las tres doncellas estaban inocentes, pues él solo habia sido el único agresor, movido á compasion, dijo á Casino; aunque yo no pueda desempeñar este asunto con el esfuerzo y valentía que lo hiciera vuestro hermano Ruperto, os ofrezco ayudaros en la defensa de esas doncellas, hasta morir. Atento Casino á la liberalidad con que ofrecia ayudarle, aceptó la oferta dándole las mas espresivas gracias por su caballerosidad.

CAPITULO VIII.

Salvan Clamades y Casino las vidas de las tres doncellas de Clarmonda que estaban sentenciadas á muerte, y despues de varios sucesos que ocurrieron, Clamades por fin encontró y se trajo consigo á su querida Clarmonda, casándose con ella.

SALIERON del castillo al siguiente dia Clamades y Casino bizarramente armados; llegaron á la quinta del almirante Ursino, y avisándole que estaban allí los caballeros defensores de las tres doncellas, mandó el almirante se les diera todo lo necesario hasta el dia siguiente que habia de ser el combate. Venida la mañana se armaron los dos caballeros, y con ropas negras y muy lucidas armas, á la salida del sol se presentaron en el palenque, en el cual habia un alto cadalso cubierto de luto, y en él las tres doncellas. Al lado contrario habia un suntuoso trono, en el cual estaba el almirante y los jueces que habian de juzgar el combate, acompañados de muchos caballeros y damas. Paseáronse Cla-

mades y Casino por todo el palenque con tanta bizarría que se llevaron el afecto de todas las damas y caballeros. Habiendo entrado los dos caballeros competidores, llamados Brunes y Durbans, mandó el almirante hacer la señal de acometer, á la cual se vinieron los unos á los otros con tanta valentía, que con los primeros choques no se reconoció ventaja ni de una ni otra parte; pero á los segundos acometió Brunes á Casino con tanta ferocidad, que dió con él en tierra. Viendo Clamades á su compañero Casino en tierra, acometió á Brunes con tanto denuedo, que no pudiendo este resistir el bote de la lanza, le derribó del caballo: Casino que le vió en tierra, se vino á él con la espada en la mano para matarlo: Brunes sacó su espada, y cuerpo á cuerpo trabaron una sangrienta batalla. Durbans acometió al mismo tiempo á Clamades con mucha valentía pero con poca fortuna, pues al cuarto encuentro le dió Clamades á este tan fuerte cuchillada en la cabeza, que sin sentido cayó del caballo como muerto. Clamades se apeó prontamente del suyo para cortarle la cabeza, pero observado por los jueces lo impidieron, suplicándole le hiciese merced de concederle la vida; á cuya súplica condescendió Clamades con mucha cortesanía.

Viendo Casino que su compañero Clamades habia concluido su demanda y que él no podia acabar con su contrario, rabiando le corage levantó la espada en el aire, y fué tan grande el golpe que descargó sobre Brunes, que cortándole gran parte del yelmo le hendió la cabeza hasta los dientes y cayó muerto en tierra. Al momento las trompetas y añafiles proclamaron la victoria por Clamades y Casino, y los jueces declararon estar las doncellas libres del delito que las atribuian, cuya sentencia confirmó el almirante.

Las doncellas, llenas de reconocimiento, dieron las gracias á sus nobles libertadores: y retirándose á sus habitaciones trató Clamades de curar á su compañero que estaba mal herido. Luego que Casino se alivió de sus heridas, le dijo Clamades tenia un negocio de mucha entidad que concluir, por cuyo motivo no se podia detener; que mandara cuanto quisiera pues á la mañana siguiente habia de ser su jornada. Casino le ofreció su ayuda, mas Clamades no la admitió; al dia siguiente partieron, Casino para su castillo, y Clamades con su escudero, para la ciudad de Brena, donde estaba su querida Clarmonda.

Cinco dias caminaron, al cabo de los cuales dieron vista á dicha ciudad, en la cual fingiéndose Clamades médico se presentó al gobernador, y le dijo que él ejercia la medicina, y que entre otras enfermedades curaba con particularidad y mucho acierto la de la locura. El gobernador se holgó mucho de su llegada, y le dijo: en ninguna ocasion podíais venir mejor que en esta, por que tengo en mi casa una doncella atacada de esta enfermedad, á la que, si la curais os daré cuanto me pi-

dais. Preguntó Clamades al gobernador qué clase de locura era la que la jóven tenia, ó en qué consistia su manía, y le contestó: son tan raras las estravagancias que toma, que no puedo hacer un juicio exacto á que se dirigen: pocos dias hace pidió que le habian de llevar á su cuarto un caballo de madera que traia un ingeniero, que dijo ser su marido, porque queria darle de comer, ó de lo contrario se echaria por la ventana. Viendo que no la podian aplacar, mandé se lo llevaran con lo cual se sosegó enteramente, y desde aquel dia se la reconoce algun alivio; pero tiene ciertos intérvalos, por ejemplo, hoy está sosegada, mañana furiosa; de forma que no se puede averiguar á que objeto se dirije su locura.

Atento estuvo Clamades escuchando la relacion que le hacia el gobernador, y conociendo la buena ocasion que la fingida locura de Clarmonda le presentaba, le dijo: señor, el modo mas seguro de curar esta enfermedad, es el manifestarla cariño y buen tratamiento por lo que se ha hecho muy bien en darla gusto. Si mis proyectos salen como yo pienso, dentro de muy poco tiempo tendrá remedio esa enfermedad. Ahora es necesario que la saquen á paseo como otros dias, y en el discurso de la tarde observaré el estado de su enfermedad, y en su vista dispondré la medicina y método que deberá adoptarse para su perfecta curacion. Muy complacido quedó el gobernador, y luego al punto mandó á las doncellas sacaran á Clarmonda, como otras tardes, la que fingió tan bien su locura, que á no saberlo Clamades, creyera era cierta su enfermedad.

Luego que Clarmonda vió á Clamades, con mucho disimulo se vino á él, y le dijo: dime, ¿quién eres tú, y á qué has venido aquí? Clamades la respondió: señora, yo soy un médico estranjero, que pasando por aquí me detuve por ver estos jardines; si tengo alguna cosa en que serviros podeis mandarme con toda satisfaccion. Clarmonda con mucha serenidad, le respondió: mas trazas tienes de postillon que de médico; y así lo que se me ofrece es que registres si este caballo tiene bien corrientes las herraduras y todos los arreos correspondientes, porque en él quiero que me lleves á la ciudad de Mansí donde pienso casarme luego que llegue. Clamades sonriéndose miró al gobernador y á las doncellas, las cuales hacian lo mismo de oir las locuras de Clarmonda; y viendo esta que Clamades no hacia con prontitud lo que le habia mandado, con mucha furia se llegó á él y le dijo: dime, ¿cómo no haces lo que te mando? Registra ese caballo luego al punto. Clamades disimulando lo mejor que pudo la respondió: señora, voy á registrarlo; y dándole dos ó tres vueltas conoció estaba con todos sus muelles y resortes, lo mismo que cuando él lo dejó: y volviéndose á Clarmonda la dijo: señora, al caballo no le falta nada; tan á punto está, que mañana á estas horas podeis estar donde apeteceis. A lo cual le respondió Clarmonda: pues manos á la obra, despidámonos de estas señoras, y del gobernador, y daremos principio á la

jornada. Con muchos ademanes se despidió de todos y montó en el caballo. Clamades, para dar mas seguridad al gobernador, se llegó á él y le dijo: señor, á esta especie de locura no conviene contradecirla en nada y hacer lo que ella quiera, pues de lo contrario, es dar lugar á que se aumente la furia y sea mas difícil su curacion; si os parece subiré con ella en el caballo y veremos si se le quita la manía. El gobernador le dijo que hiciera lo que mas conviniera á su alivio. Clamades se llegó al caballo y montando en él, luego que estuvieron los dos bien acomodados volvióse Clamades al gobernador y le dijo: la que aquí tengo es Clarmonda, hija del almirante Ursino, la cual no ha estado ni está loca; yo soy Clamades, he venido para llevármela y casarme con ella. Apenas oyó el gobernador estas palabras, cuando con mucha furia se avalanzó para quitársela; pero Clamades que ya estaba prevenido torció con prontitud la clavija á su caballo, y arrancó tan veloz, que en pocos minutos les perdieron de vista. Asombrado quedó el gobernador y demás circunstantes, y reflecsionando el empeño que tuvo siempre Clarmonda de guardar el caballo, con lo que acababa de decir el fingido médico, vinieron en conocimiento de que lo dicho por Clamades era lo cierto; con cuyo motivo quedó rabiando de corage el gobernador.

Volvamos á Clamades que muy gustoso caminaba con su querida Clarmonda, hasta llegar á la ciudad de Mansí, donde fueron cordialmente recibidos de toda la familia. Las fiestas y regocijos que se hicieron por su venida, fuera prolijo el referirlas, por lo que se dejan á la consideracion del lector.

Al dia siguiente de haber llegado, Clamades mandó á un mayordomo suyo fuese á entregar una carta al almirante Ursino, padre de Clarmonda, en la cual le daba cuenta de todo lo que habia sucedido á su hija, desde que faltó de la quinta, y de como estaban dispuestas sus bodas, á cuyo acto esperaban les hiciera favor de concurrir sancionando la ceremonia con su presencia.

Salió el mayordomo, y en breve tiempo llegó á la quinta del almirante, quien se alegró mucho por saber de su hija Clarmonda, y llevado del cariño paternal, al dia siguiente se puso en camino y en breves dias llegó á casa de Clamades en la cual fué muy bien recibido. A los pocos dias se desposó Clamades con Clarmonda, Rutilo con Lucinda, Polidoro con Máxima, y Flora, la destinada para el ya muerto Lisardo, con el almirante padre de Clarmonda, que estaba viudo y jóven todavia; cuyas bodas se celebraron con mucho gusto de todos: y pasados algunos dias se retiró cada uno á su casa con su muger, y Clamades se quedó muy gustoso en la suya con su querida Clarmonda.

FIN.